

EN "BELLAS ARTES"

EL CONCIERTO INFANTIL

(18 Marzo 1900)

Gratisima fué la impresión que dejó este concierto.

Pocas veces se ha visto el salón de «Bellas Artes» tan favorecido por una concurrencia tan distinguida y tan numerosa. Ni un palco, ni una butaca, ni un asiento de anfiteatro quedaron por ocupar, y, en cambio, hubo mucha gente que tuvo que oír el concierto de pie en los pasillos.

Ningún año ha asistido tanta gente á las fiestas del salón de la calle de Euskal-Erria. Si la Sociedad Económica está par ello de enhorabuena, pues ve aumentar diariamente las listas de sus socios y cuenta, por lo tanto, con una vida próspera asegurada, de enhorabuena está San Sebastián, que sobre ser aquella asociación una honra legítima enaltecida por cuantas personas de fuera y de España la visitan, es un centro de instrucción cuyos resultados se ven en veladas como la pasada.

Infantil era el concierto y esta condición bastaba para darle un carácter simpático, pues nada hay más sincero, más franco y más espontáneo que las obras de los niños, y nada, por consiguiente, que atraiga y captive más.

Su arte lo es de verdad; su mérito lo es sin ficciones; su trabajo es todo fê, todo ingenuidad.

Presentábanse un pianista que hubo que ponerle libros en la silla para que pudiese ver el teclado; un violinista de catorce años que hace

tres no sabía lo que era una nota musical, y un violoncellista de once, menos alto que su violoncello, y era éste de los más pequeños.

Tocaron como primera parte, no un estudio, no un aire de esos que por su facilidad y su vulgaridad se pegan fácilmente al oído de las criaturas; tocaron el trío en «Sol mayor» de Haydn, leyendo con una precisión admirable y diciendo con una expresión que es firme garantía de que han de ser excelentes músicos y de que la crisálida será pronto mariposa de destellos brillantes y altos vuelos.

En el piano se veía un niño, pero bastaba cerrar los ojos para figurarse un hombre, un pianista de cuerpo entero, cuya ejecución limpia y cuya manera de matizar llenarían las exigencias del más académico.

El violinista tocaba con pasmosa seguridad y estricta afinación, lo mismo que el violoncellista, y es bien advertir que sus instrumentos serían de seguro de los más baratos entre los más baratos, lo cual constituye un mérito más, porque los buenos sonidos de un instrumento forman parte muy cuantiosa de una buena audición.

Los tres artistas fueron ovacionados y hubieron de repetir el último tiempo del trío para corresponder á las calurosas muestras de entusiasmo del auditorio.

En la segunda parte tocó el niño José María Usandizaga el primer tiempo del concierto en «do» de Mozart, y le tocó con corrección irrepachable, con gusto verdadero, con brillantez que revelan en él un talento y un entusiasmo dignos del mayor encomio. Es verdad que este veterano, llevado de su vocación á la música, no pierde un solo concierto de Bellas Artes y del Gran Casino, y cuando son de música clásica los escucha con tanto fervor, que no habría juguete en el mundo que diese al traste con su serenidad de hombre de.... doce años.

En el *air de Ballet* de Chaminade que tocó después muy bien y con mucha elegancia y en el capricho *Au moulin* de Jensen con que correspondió á las ovaciones del público, se mostró el pianista precoz cuyas felices disposiciones hacen ya de él más que una esperanza: una realidad á la que Leo de Silka con su maravilloso instinto artístico alienta convencido de lo que es y de lo que llegará á ser.

El triunfo debe servirle de poderoso estímulo para perseverar en la virtud del estudio que con tanto fruto practica hasta aquí.

Puede estar orgulloso de su discípulo el maestro don Germán Cendoya que recibió muchas y muy merecidas felicitaciones.

José Otaño tocó el nocturno de Monasterio, y por su justeza en el tocar y su delicadeza en el decir, cautivó al auditorio que acogía con murmullos de aprobación la corrección con que expresaba algunas frases de la sentida obra y acabó por aplaudir con entusiasmo al joven violinista, llamándole dos veces al palco escénico y premiando su aplicación de la que dió gallarda prueba con su notabilísimo trabajo.

Igual victoria obtuvo el niño Rafael Mendiburu, tocando la pavana de Gabriel Marie para violoncello. Afinación, *doigté*, elegancia y soltura en el manejo del instrumento y gusto en el decir, fueron las cualidades que reveló este ejecutante de doce primaveras, á quien el auditorio colmó de merecidísimos aplausos llamándole á escena, como á sus compañeros, y tributándole una calurosa ovación.

En la tercera parte se presentaron los alumnos de las clases de instrumentos de arco, una nube de muchachos, de los cuales llevan, los que más, tres años de estudios, incluyendo el solfeo, y los que menos, uno. Dirigiólos admirablemente el maestro Vega Seoane, un Ritche que cuando entre en sorteo para soldado tendrá el siglo que viene la edad á la cual se dice que empieza el uso de razón.

Tocó esta orquesta liliputiense, cuya dirección excitaba la hilaridad del público por los movimientos siempre correctos pero por lo mismo más graciosos de su batuta, pero cuyos ejecutantes hicieron hermoso alarde de la sólida instrucción que reciben, la serenata de Desormes, la *reverie* de Plasencia y la sinfonía burlesca de Haydn; pero todos estos números más sonaron á himno de triunfo entonado en loor de la Academia que con éxito tan feliz les hace músicos y de las corporaciones que contribuyen á sostener ese centro de instrucción, honra y gloria de San Sebastián.

De los aplausos que esta orquesta, hoy de niños, mañana de buenos profesores, alcanzó, corresponde una parte muy grande á su maestro, D. Alfredo Larrocha, á quien damos nuestra enhorabuena más sincera.

El público salió entusiasmadísimo de tan notable concierto.

